

POÉTICA DE LA CULTURA*

Rosario Herrera Guido

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

*A Javier San Martín, maestro, interlocutor y amigo
desde mi estancia en la UNED de Madrid, España.*

*la función poética de la lengua no se limita a la poesía,
pues aun donde la función poética se somete a otras funciones
[...] nunca desaparece por completo.*

Roman Jakobson, *Arte verbal, signo verbal, tiempo verbal*

*el lenguaje del poeta es el de su comunidad, cualquiera que
ésta sea. Entre uno y otro se establece un juego recíproco de
influencias, un sistema de vasos comunicantes.*

Octavio Paz, *El arco y la lira*

1. Proemio

Lo que me ocupa en este ensayo es la reflexión sobre una hipótesis de trabajo fundamental: la existencia de una poética del lenguaje que abre una dimensión poética de la cultura y una cultura poética, para cuyo fundamento no sólo es necesario pensar primero en la naturaleza poética del lenguaje, sino también en su consecuencia, en el imperativo poético que impele a la creación de una cultura poética. Lo que se destaca de entrada es la naturaleza metafórica del lenguaje y su continuidad poética con la cultura, en particular la relación entre la poética y la cultura. La reflexión en torno a la continuidad, incluso la

consustanciación entre la poética y la cultura, es desarrollada esencialmente a través del pensamiento de Paz, Zambrano y Heidegger, entre otros.

Como sabemos, con Octavio Paz, el pensamiento sobre la relación entre la poética y la cultura es un tema eminentemente moderno, pues en la antigüedad la poética era el fundamento de la cultura como mito, tragedia y épica. Es en la modernidad cuando la poética, el poema, la poesía y el poeta son despojados del poder originario y mítico de las palabras como fundamento de la cultura. La poética, el poema y la poesía pasaron a ser quehaceres inútiles, objetos improductivos y lenguaje (mal)dito para una sociedad racional, práctica y creyente en el progreso y el futuro promisorio prometido por la ciencia y la técnica. De aquí la preocupación no sólo por la relación entre la poética y la cultura, sino por la posibilidad de rescatar y liberar el fundamento mítico e instantáneo de una poética de la cultura que deviene cultura poética.

Por supuesto, la esencia poética del lenguaje exige pensar también en el lenguaje poético como acto inaugural de la cultura, en tanto que creación y recreación, puesto que existe una correspondencia entre la poética del lenguaje de los pueblos y la poética de la cultura como cultura poética. La poética, el mito, el cuento, el poema y la poesía son experiencias que permiten descubrir lo original y auténtico de las culturas. La poética, el poema y la poesía son la vía regia para el conocimiento de sí y de los demás, para la experiencia interior y colectiva, ética y política, así como mítica e histórica, cósmica y cultural.

La virtud de la poética del lenguaje como fundamento de la poética y de la cultura poética, me permite sostener que lo humano sólo existe a partir de esta creación y recreación del lenguaje, que lo reinaugura, recrea, destruye y construye, ensancha el universo simbólico a la vez que encuentra su límite, merced a una voluntad poética. La cultura, impensable sin el lenguaje, es una lucha entre la destrucción y la recreación de la poética del lenguaje, en el corazón mismo de la cultura poética, en tanto que creación poética de sentido, y su correlato, el (sin)sentido.

De la poética del lenguaje a la poética de la cultura, imposible evitar el pensamiento sobre el espacio cultural que ocupa la poética, el poema, la poesía y el poeta, en el alba del tercer milenio. Como no hay futuro sin esperanza, al lado de Octavio Paz comparto el deseo de que, más allá del exilio al que la sociedad moderna condenó a la poesía y al poeta, rebasando la actual pragmá-

tica de la economía global y el neoliberalismo, se puede esperar que advenga un retorno renovado del imperativo poético que alimentó el sueño romántico: una cultura poética que sustente la transformación de la poesía en vida y de la vida en poesía. Un retorno impostergable si queremos orientar el sendero, *de camino al habla*, de la poesía presente y porvenir, de la cultura actual y futura, en el marco de la poética de la cultura y de la cultura poética.

La esencia poética del lenguaje, presente en la sensibilidad y el pensamiento de todos los pueblos, afirma la poética de la cultura como creación, y la cultura poética como la poesía verdadera, que es la savia del árbol de la cultura. Por ello, siempre debemos esperar una cultura creadora, un nuevo espacio al interior o al margen de la ciencia y la técnica. La defensa de la poesía salvaguarda la cultura; la custodia de la cultura ampara la poesía.

2. Poética del lenguaje

Como todo gran poeta, Octavio Paz nunca abandona el deseo de buscar el origen poético del lenguaje, pues la mejor respuesta que puede dar un buen poeta moderno al abismo espiritual de la edad moderna es a través del anhelo de alcanzar la otredad, como experiencia originaria de lo poético, en tanto que acceso metafórico a lo real, lo sagrado y lo erótico. Faltos de ser, al ser eyectados y devenir entes —como enseña Heidegger—, los hombres y las mujeres devienen deseantes de esa otredad que los transforma y pro-eyecta poéticamente. Lo confirma Paz: “La poesía pone al hombre fuera de sí y, simultáneamente, lo hace regresar a su ser original: lo vuelve a sí. El hombre es su imagen: él mismo y aquel otro. A través de la frase que es ritmo, que es imagen, el hombre, ese perpetuo llegar a ser, es. La poesía es entrar en el ser”.¹ Anclados al lenguaje, en búsqueda de sí mismos, los hombres y las mujeres, gracias a su voluntad poética, crean imágenes, reencarnan (di)versos, encontrándose en la palabra que los reencuentra, volviéndose otros y los otros, al andar y desandar el camino del lenguaje, descubriéndose a sí mismos y en los otros en el andar de lo íntimo a lo colectivo, del diálogo interior (*diánoia*) a la algarabía comunitaria (cultura). Por ello, Paz nunca dejó de subrayar que el poeta es aquel que sabe que para revelar lo humano hay que crearlo. Poeta es entonces

aquel que se echa a cuestras el peso de la nada, el que ante el borde del abismo se crea y deviene creador, además de que recrea la voluntad creadora de la comunidad: la cultura. En tanto que mortales, a los seres humanos no les queda más que ser el deseo ilimitado que los define. La poesía, al revelar la nada como fundamento de su ser, es voluntad poética de “lo humano, demasiado humano”, que pulsiona a los hombres y a las mujeres a crearse a sí mismos y, con ello, a la cultura.

Como un sendero paralelo, Octavio Paz tampoco deja de advertir la imposibilidad de acceder a la primera palabra de la que proceden todas las demás palabras. Pero por esta imposibilidad radical —advierte Paz— es que todo poeta, más que ningún otro ser hablante, compromete toda su existencia en ir tras esa palabra primera, originaria y original, de la que poéticamente tendría que haber brotado toda la vida lingüística² de la humanidad. A partir de esta pulsión poética fundamental, Octavio Paz lanza este imperativo en *El mono gramático*: “...deberíamos remontar la corriente, desandar el camino y de expresión figurada en expresión figurada llegar hasta la raíz, la palabra original, primordial, de la cual todas las otras son metáforas”.³ Ciertamente se trata de un primer nombre imposible de decirse —como enseñaba Kant en su *Crítica del Juicio*— pero del que se puede hablar poética y trágicamente; sí, se trata de una primera palabra, pero que ya no es la representación de la cosa sino lo real mismo: el ser. Y lo real es imposible de decirse, mas no porque se haya ido, antes bien debido al efecto que produce el proceso mismo de la simbolización, que al sustituir lo real por su símbolo, lo ausenta.⁴

Pero para una mayor comprensión de lo que la simbolización hace advenir, en tanto que presencia y ausencia a la vez, nada mejor que recordar que para el mismo Heidegger lo real no es precisamente lo que la palabra oculta, sino lo que cae de ella, ya que es a través de las desgarraduras del lenguaje —como ya advertía Hegel— que se escapa una cierta verdad. En el decir de Heidegger: “... qué significa: una cosa *es* (...) Un ‘es’ se da donde se rompe (*zerbricht*) la palabra (...) Esta ruptura de la palabra es el verdadero paso atrás en el camino del pensamiento”.⁵ Jacques Lacan, para poder pensar en este real que cae del lenguaje, toma prestado de la poética el término escansión, para poder sostener que es el corte en la cadena significante lo que hace advenir el poco de real que cae de cada frase.

A lo anterior responde que José Ortega y Gasset, como fundamento del proceso de simbolización, suele presentar a la metáfora como una experiencia privilegiada del lenguaje, por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se habla más lejos de la potencia conceptual. Una comprensión poética del ser que María Zambrano lleva más allá: “Entrar en contacto con la materia es entrar en contacto con lo sagrado, con la *fisis* antes del concepto, antes de la filosofía, antes del ser”.⁶ Porque la metáfora, para María Zambrano, no se reduce a la sustitución de la cosa por la palabra ni a la analogía, pues su comprensión es ontológica, dado que es una “... manera de presentación de una realidad que no puede hacerlo de modo directo; presencia de lo que no puede expresarse directamente, ni alcanzar definición racional. La metáfora es pues una definición que roza lo inefable”.⁷ Ya que, como señala en el mismo texto: “...habrá mucho arte, mucho de secreto personal, no reducible a generalizaciones”.⁸ De aquí que la poética, como la dimensión más basta de la creación, abarca desde las manifestaciones artísticas hasta las experiencias cotidianas, asimismo las expresiones religiosas cuyo contenido mítico, dice la misma Zambrano: “... es la manifestación misma de la vida del alma, especie de procesión de los sueños objetivados en que el ser humano se revela a sí mismo y busca su lugar en el universo”.⁹

Sin embargo, la búsqueda del origen del lenguaje exige emprender un camino de regreso hacia el principio del lenguaje y, en consecuencia, hacia nuestro propio origen. Mas como la búsqueda del significado de cada palabra exige siempre que otra palabra venga a significarla, no hay forma de detener este deslizamiento con un punto final, con una última palabra —que sería la primera—, pues esa palabra primigenia no sería una palabra sino una cosa, que no necesitaría de ninguna otra palabra que viniera a significarla. De lo anterior se colige que si ese nombre primero fuera posible tendría que ser también una sustitución, es decir, una metáfora de lo real. En consecuencia, todas las palabras son metáforas del mundo, lo que hace del camino hacia las cosas un sendero que siempre recomienza en el instante mismo en que se cree haber llegado al destino. Por ello, el poema —forma y ritmo— es la única expresión que siempre quiere ponerle fin al camino, al cortar cada verso aunque sea provisionalmente, pero sin poder detener la avalancha de todas las palabras posibles e imposibles que vienen detrás. Como sustenta Ramón Xirau:

“El poema es cuestión de vida y es cuestión de muerte porque el ritmo es el hombre mismo manándose”.¹⁰ No hay forma de detener este fluir, pues desde la poética de Aristóteles sabemos que se trata de una ontología poética, es decir, del compás del ser.

La búsqueda de esa palabra original es una voluntad poética que quiere tener el ser de la cosa, lo real del universo, la verdad de la naturaleza, de la que fuimos exiliados a partir de devenir sujetos lenguajeros. Y es que los hombres y las mujeres, por el hecho mismo de hablar, de nombrar las palabras, ya no tienen las cosas mismas sino las palabras de las cosas, necesariamente sus metáforas; porque cuando llamamos a las cosas vienen a nuestra presencia pero para ausentarse, ya que las palabras siempre se presentan bajo un fondo de ausencia. Las palabras —dice Octavio Paz— sólo nos dan “la estela de las cosas”. De aquí que el destino de todo gran poeta sea señalar la herida entre la cultura y la naturaleza, para consagrar en la tierra el lugar común de lo sagrado, el advenimiento de la extrañeza y el asombro, el acceso imposible al ser. En palabras de María Zambrano, la palabra cumple su esencial propiedad: “...ser como el agua donde la realidad es como piedra”.¹¹

El lenguaje siempre produce una experiencia de extrañamiento, una nostalgia del principio, de un instante primigenio, transhistórico, protohistórico, fugaz, instantáneo, que impulsa una intensa búsqueda por lo que no fue ni es, pero que sin embargo podría llegar a ser. A través de las palabras los seres humanos aspiran a realizar el milagro de no seguir errando por el camino, en una procesión hacia un destino ignoto; sueñan con detenerse un día a designar las cosas sin errar. Hay pues un impulso poético en este deseo porque, como indica María Zambrano: “La poesía quiere la libertad para volver atrás, para reintegrarse al seno de donde saliera (...) Por eso es melancolía. Melancolía que borra enseguida la angustia. El poeta no vive propiamente en la angustia, sino en la melancolía”.¹²

El lenguaje produce inevitablemente un doble extrañamiento. Por un lado el lenguaje nos es extraño en la medida en que no siendo nosotros sus autores, fundadores o creadores, nos transporta a una vivencia de extrañeza que sólo es captada por instantes, cuando “el habla, habla”, cuando habla lo que no pensamos ni nos proponíamos decir, en el momento en que nos percatamos que “eso” nunca lo habíamos pensado, que jamás se nos había ocurrido, o como

aludía Heidegger: “Lo que jamás había sido dicho, y da qué pensar.” La vivencia de que el lenguaje hable por sí mismo nos extraña, hace extrañas las palabras y a nosotros mismos, pues son ellas las que nos dicen y no nosotros a ellas; hay un instante en el que estando en nuestra propia casa, vivimos la desgarrada y enigmática experiencia de sentirnos extranjeros en nuestra propia tierra. Surge entonces la inaplazable pregunta ¿Dónde estamos? ¿En el lenguaje? Tal vez, pero incluso ahí vivimos en el exilio. La otra extrañeza que nos produce el lenguaje se debe a esa experiencia de constante despedida de las cosas, que hace del lenguaje no sólo un llamado a las cosas para decirles adiós, sino el instrumento primordial para poder insistir en perpetuar las presencias. “El habla, habla”; el yo no es autor de su decir, antes bien él es dicho ahí donde algo se hace escuchar. De lo que se puede concluir que somos hablados, antes que hablar. Es a partir de esta experiencia que se puede hablar de una poética del lenguaje.

Como sabemos, a partir de los diversos ensayos sobre poética, estos extrañamientos laten con más fuerza en el quehacer del poeta, que no puede dejar de hacer la pregunta ¿quién habla? Y a la que responde como lo hiciera el joven poeta francés Arthur Rimbaud: “yo es otro”. ¿De qué otro habla? Otro que se derrama en un decir que lo desborda, que dice más de lo que se proponía decir. La forma en que Octavio Paz se hace la pregunta por quién habla, es a través de inquirir por “la otra voz” que surge ahí en el acto de la creación, en la poética de las palabras. Se trata de la voz misma del lenguaje, que al hablar por sí mismo se adelanta a decir, piensa y habla antes que el yo. Si a Paz le preocupa y le ocupa responder al problema de cómo conciliar la libertad y la fraternidad, que el liberalismo deja de lado, es porque la poesía responde desde Rimbaud: “Yo es otro”. Éste es un verso (mal)dito, una (mal)dicción, dado que cuestiona el (bien)decir moderno al poner en duda la propia identidad, pues el poema no sólo procede del Otro, el orden simbólico y la cultura, sino que está destinado al lector y a la comunidad cultural en los que resuena. Y es que la poesía evoca la pregunta nietzscheana: “¿Quién habla?” Desde luego que no es el yo, ya que no es una sustancia, un sustantivo, sino el paso del Otro por el yo y el tránsito del yo hacia los otros, sin los que no habría esta identidad imaginaria que es el yo, y sin los cuales no podríamos hablar de existencia simbólica ni real.

Todo aquel que opta por ir a la fuente del lenguaje vive de una manera más profunda esta experiencia de que “el habla, habla” y no el yo. Las palabras *se dicen*, en impersonal; es la experiencia imaginaria la que nos produce el espejismo de ser autores de nuestro decir. Octavio Paz de alguna manera llega a la conclusión de que el compromiso principal del poeta es romper los espejos, hacer añicos ese narcisismo que produce la engañosa convicción de que hay una indisoluble identidad entre las palabras y el yo. Así es que la poética del lenguaje la realiza todo aquél, lo sepa o no, que lucha desesperadamente por salir de esa imagen congelada, por perseguir y huir del lenguaje, donde siempre es otro el que se hace escuchar ahí, en el desbordamiento de las palabras.

Una de las funciones principales del lenguaje es la constante búsqueda por alcanzar las cosas, por poder decir lo real: “La comunión con lo real —dice Octavio Paz en *Las peras del olmo*— es el fin último de toda poesía...”¹³ Aunque nuestro poeta y pensador no ignora los límites del lenguaje para nombrar lo real. Es posible apreciar que en el corazón mismo de la obra de Octavio Paz late una revelación poética primera que descubre una falla ontológica en las palabras. Las palabras tropiezan al querer decir el mundo, luego se alzan altivas cuando en su intento por nombrar se exceden y dicen más de lo que el mundo es, cuando (re)crean el mundo y van más allá. Pero las palabras en sí mismas no pueden darnos el significado último del mundo, ya que no son sentido sino la búsqueda de sentido; más aún, la humana e interminable tarea poética de escudriñar en el mundo de los sentidos, y su correlato, el universo del (sin)sentido.

No hay pues forma de comenzar por la primera palabra, el lenguaje está ya ahí esperándonos antes incluso de nuestro nacimiento; en lugar de que lo constituyamos, él nos constituye. “El habla del lenguaje habla para nosotros en lo hablado”;¹⁴ ésta es una de las más deslumbrantes iluminaciones de Heidegger, y es una de las experiencias interiores más lúcidas de Octavio Paz. Se trata de un hallazgo al que sólo se llega a partir de dirigirse al fenómeno de la poesía, a la que considera la vía regia para acceder a la naturaleza poética de las palabras, en su intento por ir hasta el fin, por recorrer siglos de olvido y llegar hasta el primer soplo, a la fuente de ese géiser de palabras que es el lenguaje, para nombrar astros y palomas, peces y ríos, en un ritual cósmico. Se trata de una esperanza poética y de una poética de la esperanza, que espera

decir el ser y decirse, a pesar de la imposibilidad que a veces desespera. Como revela Zambrano: "...sea sólo hombre alguien obligado a ser libre y a hacer, hacerse con la esperanza, que por momentos se exaspera, de ser al fin enteramente".¹⁵ Se trata de un imperativo poético que evoca una imposible máxima hermenéutica socrática: "...tradúctete a ti mismo".¹⁶

La poética y el lenguaje se consubstancian en varios puntos, de una manera privilegiada como creación metafórica del (uni)verso, pero también como permanente movilidad, saber siempre instantáneo, jamás definitivo. El que la tentativa sea fallida es lo que sostiene el paso hacia algo que es y no es. Llegar al fin sería nuestra condena definitiva al silencio. El hecho de que las imágenes y los pensamientos aparezcan y desaparezcan en un guiño de estrella, no impide que las palabras sean lámparas cuya luz permite que las cosas insistan y persistan, para sacarlas de sus ignotas tinieblas. Este bla- bla- bla que nos habita posee una quietud fugaz, como la poesía, pues basta un viento leve para que sufra una verdadera metamorfosis. A ello responde la nostalgia del paraíso, por saber del primer acto de nombrar, del origen de los nombres, por retornar a un tiempo mítico en que las palabras corresponden a las bestias y a las flores, antes del mal y el engaño que lo desordenan todo, antes de la Torre de Babel, cuando los hombres y las mujeres se comunicaban sin ambigüedad entre sí. Pero el saber que produce el lenguaje no está en el regreso al paraíso sino en ir de paso, en pasar y desvanecerse en el decir mismo, que produce saber al decir(se), mas no sabiduría (que es justo lo que no hay, en la medida en que no hay un orden tal en el que todo se haya dicho de una vez y para siempre).

La naturaleza poética de las palabras no sólo está en su esencia metafórica, en su deseo de abrazar lo real, en su nostalgia por el desvanecimiento de las cosas, también hay una poética cotidiana que nos viene de todas partes a través de neologismos, usos del lenguaje, piropos, albures, modismos y chistes. Ya Aristóteles en la *Poética* hablaba de que era imposible detener esta avalancha de novísimas expresiones en el habla diaria, a las que percibe como formas que van en contra de las reglas gramaticales, de la retórica y de la lógica; todas esas expresiones pertenecen a una poética que se desborda como dialecto, adorno, creación alargada, abreviada, mutilada.¹⁷ Es una trasgresión de la lengua cuyo deseo es disolverla, desencadenarla de la gramática y de cualquier taxativa

futura. Por ello, el olvido de la gramática es la condición del lenguaje poético y de la poética del lenguaje. La poesía misma exige la puesta en suspenso de la ley del lenguaje; la diferencia entre prosa y poesía es que la primera está sujeta a reglas, mientras que la segunda es —en palabras de Octavio Paz— *libertad bajo palabra*, puesto que fuera de la palabra reinaría el silencio puro o la locura. Pero esa poética del lenguaje que busca la palabra primera, que quiere llegar a decir con la máxima precisión lo real ¿cómo es posible que pretenda todo esto disolviendo el lenguaje? Hay un movimiento que hace del lenguaje un camino que va y viene, quiere decir sin límites el mundo y al fallar tiende a disolver el lenguaje hasta quedarse con lo real, que es una dimensión habitada por el silencio. Pero en la poética del lenguaje late una agitación que nunca llega a fijarse en ninguno de los dos polos. Es este estremecimiento el que da cuenta de la esencia poética del lenguaje.

He venido hablado de la naturaleza poética de las palabras. Pero falta aclarar algo. El hecho de que sea una actividad consubstancial a la lengua, no implica que se trate de una experiencia literaria. Hay una frase de Blas Matamoro que permite precisar esta diferencia entre la poética del lenguaje cotidiano (que aun en la misma trasgresión cotidiana desea comunicar) y la actividad del poeta: “Emisor y receptor se reconocen y se estatuyen en la comunicación. Por contra, el poeta queda abolido en el poema. Su lenguaje lucha contra la significación, es una lengua que se construye a partir de la destrucción del lenguaje”.¹⁸ Aunque Octavio Paz afirma, bajo la influencia del surrealismo, que “El inspirado, el hombre que de verdad habla, no dice nada que sea suyo”,¹⁹ no deja de aclarar que es imposible confiar al solo dinamismo del lenguaje la creación poética, pues en todo poema interviene la voluntad creadora del poeta. Efectivamente, el lenguaje no sólo es poético sino que conlleva cierta carga de poesía, pues cada palabra posee un poder metafórico dispuesto a brotar en el instante en que se toca su fibra secreta, pero la potencia creadora de las palabras reside en los hombres y las mujeres que las profieren, ya que ni la más absoluta receptividad los libera por completo del querer.²⁰ Al lado de Paz, se comprende la observación de Pierre Bourdieu, en la que subraya que el artista es “alguien que reconocemos como tal al reconocernos a nosotros mismos en lo que hace, al reconocer en lo que él hace lo que nosotros hubiéramos querido hacer de haber sabido cómo.”²¹

Les recuerdo que desde Aristóteles la poética, la *poiesis*, se entiende como una creación humana distinta de cualquier otra fabricación que entraría más bien en el dominio de la práctica. La *poiesis* crea algo que es imposible que nos llevemos a casa o a donde nos plazca. Lo poético es, estrictamente hablando, la creación, lo literario puro, una obra que se realiza en sí misma, es decir, que no remite a nada más que a sí misma, y cuyas claves sólo se encuentran en sí misma. El poema se agota ahí en su belleza o en la inquietud que provoca. El poema no es una producción, una praxis, sino una *poiesis*, creación de algo único e irrepetible. Octavio Paz lo descifra en su libro *Pasión crítica*: "... La experiencia literaria quiere decir: conversión de lo vivido en literatura. Esta conversión es creación (...) ¿Creación o producción? Ahora está de moda hablar de producción literaria. A mí me parece que se trata de una confusión (...) En la producción, trátase de zapatos o de semillas, no interviene un elemento imprevisible que cambia radicalmente el proceso productivo: la imaginación. Cuando la naturaleza produce árboles todos los eucaliptos se parecen; cuando el zapatero produce zapatos, todos los zapatos se parecen (...) En cambio, la llamada producción literaria es una operación que convierte a cada objeto en un ente único. El elemento que cambia al objeto de la serie en ejemplar único es la imaginación".²² Con respecto a creación valga recordar que Nelson Goodman sostiene que existen diversos modos de expresar el mundo, y que ninguno de ellos es el modo definitivo de ser del mundo, ya que si el mundo se predica de diversas formas no es posible suponer que el mundo es de una sola manera, pues cada *hermeneuma* o interpretación es de cierto modo un mundo verdadero, y no importa si existe un mundo original y absoluto, pues los seres humanos, a partir de esta nueva versión del perspectivismo, en lugar de ser intérpretes son creadores de realidad.

Ahora les invito a que nos acerquemos a la poética del lenguaje por el camino de Galta, al lado de Octavio Paz, quien advierte que a medida que escribe *El mono gramático*²³ el camino es el sendero del lenguaje mismo, que se borra o se desvía hasta perderse en sus curvas, ya que una y otra vez tiene que volver al punto del comienzo, pues en lugar de avanzar, el texto gira inevitablemente sobre sí mismo. A partir de este pensamiento circular, que transita un tiempo mítico, se comprende la pregunta paciana por la estructura poética del lenguaje: "¿La destrucción es creación?". Esta es una pregunta que es po-

sible hacer responder al mismo Octavio Paz: si el lenguaje, como la poesía, es algo que nos hace y nos deshace, la cultura que es una expresión del lenguaje, es “algo que alternativamente hace y deshace al hombre”.²⁴

La palabra es una generosa mediadora, pues el *logos* es un límite entre la naturaleza y la cultura. De aquí que, el conocimiento poético que el lenguaje dona, sólo se logre a través de un gran esfuerzo al que sorprende a mitad del camino una deslumbrante y desconocida presencia. Debe ser a mitad del camino, en el andar mismo con los peregrinos, pues la búsqueda de esa presencia nunca se encontró en un puro recogimiento, en la soledad angustiada de quien se retiró de la comunidad, sino en el retorno a la cultura, con el hallazgo que ella misma provocó. Al solitario que no regresa a comulgar con el pan cotidiano de la poética del lenguaje, difícilmente se le vuelve a entregar la poética de la cultura. Pero a quien renuncia a la vanidad de poseer plenamente lo inagotable del lenguaje, una inesperada verdad le sale al encuentro, cual revelación graciosa y gratuita: una razón poética.²⁵ Éste es el más preciso punto de encuentro entre la filosofía y la poesía, el límite del lenguaje para decir el ser. Como advierte Eugenio Trías: “...el más genuino filosofar no puede dejar de ser aporético, no puede dejar de ser conclusivo, no puede recogerse en sí mismo, en un principio que sea a la vez fin (...) sino que queda siempre constitutivamente abierto y *en suspenso*, y concluye en un ‘acorde de séptima’ que no hace sino reimplantar la pregunta por el fundamento, la pregunta misma por el fundamento”.²⁶

El mono gramático es un ensayo poético que camina por el sendero de una poética del lenguaje y un lenguaje poético, un camino poético y una metáfora del camino. Es un libro-viaje sin comienzo ni final, *de camino al habla*, como Martin Heidegger.²⁷ Una vía que conduce por el lenguaje, que no se origina en ninguna voluntad particular ya que de todos lados viene a nuestro encuentro el habla, y vamos hacia ella como a un camino que ya ha comenzado; más aún, que no tiene comienzo ni punto de llegada. De manera que no podemos más que incorporarnos a mitad del camino a la algarabía universal. Este camino-poema es un texto que comienza con minúscula justo porque no hay principio, pues no somos autores del lenguaje sino que nos insertamos a él, de la manera como nos incorporamos al camino y emprendemos nuestro peregrinar. Tampoco en este ensayo poético es posible abandonar la búsqueda de la

primera palabra de la que procederían todas las demás palabras, porque el quehacer fundamental del poeta y de todo ser hablante es ir tras esa palabra mítica y germinal, a pesar de la imposibilidad de su encuentro. Por ello se trata de un camino desgastado, muy andado, pero que se renueva y se hace al andar con nuevos decires y frescas metáforas.

Por ello, el poeta, dice Félix Grande, hace que “...las palabras permanezcan en libertad (...) con su cargamento de inocencia, de confianza, de candor, con lo cual pueden ser útiles a la aventura de vivir”.²⁸ La experiencia de la poética del lenguaje está comprometida en darles un nuevo sentido a las palabras y crear nuevos nombres para la comunidad. Esta renovación y creación de las palabras es una forma de librarlas de la manipulación, el vicio, la demagogia y la mentira; como todas las cosas humanas, las palabras también son víctimas de la dominación y la caducidad, que las oprime y las hace opresoras, engañadoras, enajenantes y tiranas, razón por la que poemar es luchar por una *libertad bajo palabra*, más allá de las leyes del decir convencional. En *Defensa de la poesía* Percy Bysshe Shelley sostiene que “Los poetas son los legisladores desconocidos del mundo”.²⁹

Este libro de viaje que es *El mono gramático*, es por lo mismo un lugar de paso, que con el pas, pas, paso del camino, el errar por las palabras hace del lenguaje el juego más gozoso, en el que la imprecisión de los nombres es un desvarío alegre, un *gay poemar*. Andar por las palabras es deambular por el designio puntual y exacto de las cosas: lo dicho no coincide con las cosas de las que se habla. A la búsqueda de este vagabundeo en *La estación violenta* se lee: “lo dicho no está dicho, lo no / dicho es indecible..” Los *signos y los garabatos* son *laberintos de soledad*, pues las palabras —como enseña Hegel— son el tiempo de la cosa.

Hay libros de viaje como el que lleva *al otro lado del espejo* a la Alicia de Lewis Carroll, donde siempre se dice lo mismo, se habla de lo mismo, pero gracias a que se puede jugar con la lógica el lenguaje se recrea constantemente; un viaje al otro lado del espejo donde los libros se leen al revés y el lenguaje muestra ser un espejismo. También hay libros viajeros como la loca aventura de Don Quijote, quien cabalga todo el tiempo que el trote de la vida sigue, donde las palabras son locas y no hay temor de que impugnen la razón del mundo, pues la cordura sólo llega con la muerte, que aniquila el vagabundeo,

las metáforas del mundo y los sueños. Tal vez por ello, pregunta Octavio Paz a través de la locura del Quijote: “¿O es al revés: la locura es la del mundo y Don Quijote es la palabra racional que anda disfrazada de locura por los caminos?”³⁰

3. Poética de la cultura

Permítanme comenzar con una de las relaciones que sugiere Octavio Paz entre la poética y la cultura en *El arco y la lira*: “...lo poético no es algo que está fuera, en el poema, ni dentro en nosotros, sino algo que hacemos y que nos hace”.³¹ Una *poiesis* que es causa, en sentido griego, de la creación de la cultura y la auto-creación humana, como de la creación y auto-creación del universo. Por su parte, el poema, de cuya forma es causa la poética (*poiesis*), es un ser de palabras del que emana una sustancia que se resiste a transformarse en concepto, y que los griegos llamaron poesía. El poema —dice Paz evocando a Juan Ramón Jiménez— es para una inmensa minoría que deviene multitud, comunidad: a saber, cultura. Y es que los lectores de poemas elevan su lectura solitaria al plano de la universalidad de la cultura. Los pocos lectores de poemas se abisman en lo inconmensurable para develar por un instante el infinito. Algo análogo afirma Margueritte Duras de la escritura: “...con el escritor todo mundo escribe.” El lector de poemas abre una dimensión poética transpersonal, a través de la otra voz. En *Los hijos del limo*, lo afirma Paz: “Para los románticos, la voz del poeta es la voz de todos; para nosotros es rigurosamente la voz de nadie. Todos y nadie son equivalentes y están a igual distancia del autor y de su yo. El poeta no es ‘un pequeño dios’, como pensaba Huidobro. El poeta se desvanece detrás de su voz, una voz que es suya porque es la voz del lenguaje, la voz de nadie y la de todos. Cualquiera que sea el nombre que demos a esa voz —inspiración, inconsciente, azar, accidente, revelación—, es siempre la voz de la otredad”.³² Permítanme agregar: la voz de la cultura, la expresión del orden simbólico, la poética del lenguaje, la poética de la cultura.

A diferencia de Octavio Paz, considero que la lectura de poemas por toda la sociedad no es una experiencia exclusiva del alba de la historia. Las familias de las comunidades indígenas, rurales y urbanas, como antaño todavía reescriben

con la tinta de la noche las hazañas de los dioses primeros, el origen de la tribu, el pueblo y las anécdotas sobre sus ancestros. Gracias a esta poética del mito, el grupo forma parte de la cultura y el universo; por los antepasados la comunidad habita el presente y se proyecta hacia el futuro. Contar es cantar el origen del mundo de cada cual y de la cultura, que aviva el fuego de las palabras que nos congregan. Es esta poética de la cultura, que convoca a vivos y muertos, la que a su vez me permite hablar de una cultura poética.

La división de la sociedad —observa Octavio Paz— promovió las diversas artes, ciencias y técnicas, que en el origen eran una: la poesía, el mito, la magia, la religión, el canto y la danza, la técnica y la ciencia. Entonces, diferentes culturas nacieron al seno de la cultura. Pero esas minorías siempre han mantenido una comunicación, cuyo tejido cobija la cultura de todo pueblo. Más allá de cada cultura existen ideas, creencias y costumbres compartidas por una cultura, que conforman el espíritu de las artes, en particular de la poesía, esa fuente de imágenes en las que los hombres y las mujeres se miran porque les revela por instantes el secreto de su existencia. Lo evoca Octavio Paz en *El arco y la lira*: “...la poesía pone al hombre fuera de sí y, simultáneamente, lo hace regresar a su ser original: lo vuelve a sí. El hombre es su imagen: él mismo y aquel otro. A través de la frase que es ritmo, que es imagen, el hombre —ese perpetuo llegar a ser— es. La poesía es entrar en el ser”.³³ Incluso cuando la poesía moderna expresa la dispersión de la comunidad, es expresión del quebranto de la cultura.

No importa si la poesía es leída por minorías: la memoria colectiva salva y preserva a toda comunidad y su cultura. La poética de la cultura cruza el océano del tiempo para apoderarse de la imaginación colectiva, de los símbolos que vinculan a los pueblos, justo por inagotables y enigmáticos, de los que Gilbert Durand en *La imaginación simbólica* afirma: “El símbolo pertenece al universo de la parábola, en el sentido griego: para = ‘que no alcanza’. Es esta inagotabilidad la que esboza la frágil condición del vínculo simbólico, pues pretende decir lo real en su vehemencia significativa, excedido por esa inefabilidad que no alcanza a suturar la herida originaria, el sentido secreto, la epifanía del misterio”.³⁴

Desde tiempos inmemoriales se cantan cuentos, poemas en prosa, que después cicatrizan la piedra o pergeñan el papel, y más tarde se fijan en la letra

impresa. Sin embargo —sigo a Octavio Paz— la permanencia de la poesía es obra de una minoría, a partir de la que sociólogos y editores anuncian su extinción. Pero tanto los relatos familiares y comunitarios, como las lecturas públicas de poemas, alimentan una ancestral tradición que no parece agonizar. Mientras la disipación produce el olvido, contar, escribir y leer poemas nos permiten entrar en mundos desconocidos que revelan por un instante la tierra que nos vio nacer, la poética del lenguaje, y su correlato, la poética de la cultura. Y es que el cuento y el canto iluminan el sendero hacia nosotros mismos, lo íntimo y lo común que devienen una poética de la cultura y una cultura poética. Como advierte Heidegger en *Hölderlin y la esencia de la poesía*, la poesía es la única epistemología que es capaz de aproximarse a la esencia del ser: “La realidad del hombre es en su fondo poética”; un “morar poéticamente” en el que la metáfora supera al concepto como instrumento de captación de la condición humana”.³⁵ Parece que hablo de una poética de la cultura inútil, sobre todo en plena era de la comunicación global y de la existencia apantallada, pero no imposible, pues las computadoras nunca podrán contar cuentos, crear poemas, mucho menos hacer poesía, en tanto que revelación y oráculo de nuestro destino. Como evoca Paz, la poesía lleva a cabo los mismos ideales terapéuticos de la religión, pero sin prometer la inmortalidad ni condenar la vida. Por ello, de los relatores, escritores y lectores de poemas, aunque inmensa minoría, depende la permanencia de la poética del lenguaje y de la poética de la cultura, a partir de afirmar una cultura poética.

Son pocos los *best-sellers* —dice Paz— que sobreviven a su éxito, pues se reducen a mercancías. El fin de la cultura poética no es entretener, informar o proporcionar objetos de consumo, pues la poesía no busca la inmortalidad sino la resurrección. Lo sugiere Paz en *Los hijos del limo*: “Leer un texto no-poético es comprenderlo, apropiarse de su sentido; leer un texto poético es resucitarlo. Esa re-producción se despliega en la historia, pero se abre hacia un presente que es la abolición de la historia”.³⁶ La poesía, arte del tiempo, crea un tiempo en el tiempo, el instante, tiempo mítico, pues no narra el pasado ni avizora el futuro, sino que cuenta lo que está sucediendo siempre. La poesía, el tiempo en su forma más pura, es instante que eleva el géiser de palabras hasta el cielo para que devengan susurros. El poema es la catedral del instante, siempre por edificar. La poética de la cultura habita el instante, la página en

blanco de Mallarmé. El tiempo poético es el instante, porque como muestra Kierkegaard: “El instante es un átomo de eternidad.” La sustancia de la poética de la cultura es el instante, una verdad en permanente tránsito. El fundamento de la poética de la cultura es el instante, una *Piedra de sol*, una rueda del tiempo mítico mexicana, que narra el viaje circular de Quetzalcóatl desde su nacimiento, pasando por su derrota, hasta su oceánico retorno. Se trata de una poética del instante y de un instante poético, que crea un tiempo dentro del tiempo, un tiempo mítico y un mito del tiempo, un tiempo circular que gira en torno al deseo de regresar al instante germinal de la creación. La poética de la cultura es un poema que cuenta lo que siempre está pasando en un poema tan moderno y prehispánico como *Piedra de sol*, que alude, como dice David Huerta: “...a las realidades simbólicas, astronómicas y vitales de los ciclos que constituyen la existencia cósmica y la individual”.³⁷ Por ello, la poética del instante se opone al tiempo lineal que introduce el cristianismo y recoge como evangélica herencia la modernidad, en forma de historia y progreso, eternidad y reconciliación de los contrarios, así como de esperanza en el futuro.

La poesía, como toda creación artística, exige tiempo para ser recibida, exige cultura, puesto que el lector debe cultivarse a través de una *Paideia Poética*. Toda cultura exige una *poiesis* que requiere transformaciones. Cada obra poética desafía el sentido estético del público; el lector sólo aprende a disfrutarla cuando es atravesado por el ritmo de un nuevo lenguaje. Hay que desaprender lo conocido para renovar la sensibilidad, pues la poética de la cultura, así como su consecuente, la cultura poética, siempre están expuestas a la lucha entre lo antiguo y lo nuevo. Hoy la disputa entre la *poiesis* y el *logos* es más profunda, pues afecta la dimensión histórica y espiritual. La reyerta es entre una poesía rebelde a la modernidad y la burguesía (creadora de la modernidad). Los románticos son hijos rebeldes de la modernidad, que al desgarrarla la exaltan. La modernidad siempre ha estado en contra de sí misma; esta ambivalencia es el genuino secreto de su constante transformación.

4. Por una cultura poética

La poesía es la palabra que funda un pueblo. Por ello surge en todas las culturas. La antigua creencia de que los poetas eran videntes y adivinos, hoy se afirma desde un pensamiento lingüístico literario, en palabras de Jacques Lacan: “la verdad tiene estructura de ficción.” El poeta sabe del futuro porque se abisma en los orígenes. Los textos poéticos son las verdaderas escrituras de la fundación. Sin los poemas es imposible comprender las culturas, pues su influencia ética, estética y filosófica es trascendente. La poesía influye en la amistad, el placer, el erotismo, el amor a los dioses y al prójimo. Lo dice Shelley en *Defensa de la poesía*: “La Poesía es el más infalible heraldo, compañero y seguidor del despertar de un gran pueblo que se dispone a realizar un cambio en la opinión o en las instituciones. En tales períodos hay una acumulación del poder de comunicar y recibir intensas y desapasionadas concepciones respecto del hombre y de la naturaleza”.³⁸ Una poética de las pulsiones de Vida y de Muerte ha inspirado a enamorados y guerreros. Los narradores, escritores y lectores de poemas son el alma de la cultura.

Hoy vivimos —dice Octavio Paz en *La otra voz*— el grave desplazamiento de las humanidades, que han dejado de ser el corazón de los sistemas educativos,³⁹ dado que predomina el cientismo, una de las más prestigiadas supersticiones modernas, que traslada los discursos de las ciencias naturales a la historia y a las pasiones humanas. Y agrega Octavio Paz: “Ni Freud ni Einstein olvidaron nunca a los clásicos”.⁴⁰ Aunque más funesta que la superstición cientista es la multiplicación de las ciencias sociales, que enmascaradas en el formalismo cientista, de graves consecuencias políticas y estéticas, desprecian a los clásicos y a la poesía en nombre de una supuesta herencia de la Ilustración. Paul Feyerabend es muy provocativo al respecto: “...hay que permitir que los mitos, que las sugerencias lleguen a formar parte de la ciencia y a influir en su desarrollo. No sirve de nada insistir en que carecen de base empírica, o que son incoherentes, o que tropiezan con hechos básicos (...) Después de todo, la base evidente, la adecuación a lo fáctico, la coherencia, son algo producido por la investigación y, por lo tanto, algo que no puede imponerse como precondition de ella”.⁴¹

Como se sabe, a través de la memoria histórica, la crítica auténtica se nutre de los textos heterodoxos y excomulgados. La fe en las ideologías y en las ilusiones sin porvenir desdeña la historia y la poesía, sujetas a lo imprevisible y al accidente. Los ideólogos de las ciencias sociales consideran que el texto literario es un tejido que encubre otra realidad, y que tienen por misión crítica descifrarlo, desenmascarar al autor que engañado pretende engañarnos. *La Odisea* cuenta y canta costumbres que pueden interesarle al historiador, pero no es un relato histórico sino un poema. Interpretar un poema como una narración histórica —advierte Octavio Paz— es como querer estudiar botánica en un paisaje de Monet. Por ello, los poetas son la memoria de los pueblos y de las culturas. Cada poeta, al crear nuevas imágenes, niega la tradición cultural para inventar otra. Pero el pasado se inventa en el presente para dirigirse al porvenir. Todos los poetas desean ser leídos en una forma más profunda en el futuro. Desean eternizarse e inmortalizar a la poesía. Todo poeta sabe que no es más que un eslabón de la poética del lenguaje, un puente entre el pasado y el futuro. Las formas poéticas son esenciales a la poesía, pues retan a la muerte. La forma es voluntad de eternidad. Si la forma se convierte en fórmula, el poeta debe crear otra, o descubrir una antigua y reinventarla. La invención es la creación de una novedad antigua; cada ruptura es un homenaje a los ancestros. El amanecer del siglo XX fue un tiempo de invención en todas las artes, que hizo impopular el nuevo arte. El arte moderno, hoy admirado por muchos, al principio sólo fue apreciado por una minoría.

No se puede hablar de la muerte de la poesía. Tal vez de olvido de la tradición de ruptura. Pero la poesía late aunque a veces condenada a vivir en el sótano de la cultura. En el alba del siglo XXI, la poética de la cultura vive en la incertidumbre. Pero no olvidemos que los tiempos de malestar en las artes y la poesía han producido excelentes creaciones. Al margen del marketing globalizado surgen pequeñas editoriales dedicadas a publicar poemas para una minoría planetaria amante de la poesía. Por ello, el poeta sigue influyendo en la permanencia de la cultura poética. La vida de la poesía depende de la lucha entre la ruptura y la tradición.

En todos los tiempos y culturas se ha cantado al amor, a la alegría y al duelo comunitarios. Son cantos entonados en templos, plazas, tabernas y lechos de amor. La vitalidad de la cultura poética se constata en el respeto a los músicos

y poetas, que satisfacen deseos íntimos y colectivos. Por ello los poetas buscan formas y ritmos, ecos de la lengua, la ciudad y el campo, para abismarse en los enigmas del alma. Porque la poética, como sugiere Roger Caillois en *Approches de la poésie*, es el conjunto de signos, que más allá de las palabras, pero incluyéndolas a título de intercesoras privilegiadas, por un instante permite la percepción de un enigma.⁴²

La poesía es la otra voz: antigua y actual, sagrada y maldita. Como dice Néstor Braunstein: "...todo buen poeta es maldito, no tanto porque se le maldiga, cosa que no deja de suceder, sino que se lo maldice debido a que es maldecidor, saboteador de los modos estructurados del decir, evocador de un goce maldecido, siempre en entredicho".⁴³ El poeta es el que siendo él mismo, es otro. Parfraseando a Octavio Paz, todos los poetas han escuchado la otra voz, la primera palabra, la voz mítica de la que surgió la cultura. Otra voz que si la concebimos como el orden simbólico que nos atraviesa, lo inconsciente y la cultura, requiere ser oída, en su demanda que nos impele a decir lo que no ha sido jamás dicho. En palabras de Zambrano, el imperativo poético reza: "...que el que escucha encuentre dentro de sí, en *status nascens*, la verdad que necesita".⁴⁴ La función de la poesía es hacer escuchar la otra voz, que no es oída por ideólogos y políticos, lo que explica el fracaso de sus proyectos.

La poesía es memoria que deviene imagen e imagen convertida en voz. Los pueblos y las culturas del siglo XXI, si no quieren sucumbir, tienen como imperativo (po)ético frenar el mercado global que conduce al dispendio de los recursos naturales. Ante el reto de la supervivencia humana, lo que dice la otra voz de la poesía son los sueños olvidados, para resucitarlos en el alma de nuevos proyectos e ideales culturales. Unas palabras que en un momento privilegiado de imaginación creadora Apollinaire nos dona, alimentan esta esperanza: 'En gran parte se han realizado las antiguas fábulas. Les toca ahora a los poetas imaginar otras nuevas, que a su vez quieran realizar los inventores'.⁴⁵ Y el eco de Octavio Paz le acompaña: "La poesía es el antídoto de la técnica y del mercado. A eso se reduce lo que podría ser, en nuestro tiempo y en el que llega, la función de la poesía. ¿Nada más? Nada menos".⁴⁶

Desde el principio de los tiempos los hombres y las mujeres han experimentado una poética de la existencia y una existencia poética. La cultura poética satisface la contemplación, el diálogo íntimo (*diánoia*), así como la fiesta y el duelo (artes de la comunión). Es a partir de la continuidad entre lo íntimo y

lo público, la mística y la comunión, que se justifica la hipótesis de una poética del lenguaje que abre la dimensión de una poética de la cultura, que deviene una cultura poética, sin la que la humanidad se abismaría irremediabilmente en el caos. La cultura depende de la encarnación de la poética del lenguaje en una poética de la cultura y en una cultura poética. Cuando la poética de la cultura es heredad de quienes han sido capaces de revelarla, no sólo transforma la vida íntima y comunitaria, sino que abre la dimensión de una poética de la cultura que acaece en cultura poética.

Notas

* Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Filosofía de la Cultura y Filosofía Intercultural: “¿Hacia un nuevo universalismo cultural?”, UMSNH, Morelia, Mich., 27-31 agosto 2002.

1. Octavio Paz, *El arco y la lira*, México, F.C.E., 1979, p. 113.

2. Al pensador y psicoanalista Néstor Braunstein debemos el haber acuñado el neologismo lenguajera, con el fin de transgredir el dominio de la lingüística, que debido a su posición cientista está comprometida con la bisagra entre el significado y el significante. Desde luego que Braunstein acuña este término inspirado en Jacques Lacan, quien después de dictar su seminario durante años en París sorprende a su auditorio al decirles que a él la lingüística le importa un bledo, que lo que ha estado desarrollando es una lingüistería, una metáfora entre lenguaje e histeria. Asimismo, los hermeneutas, a fin de desembarazarse del cientismo de la lingüística prefieren hablar de la dimensión lenguájica del lenguaje.

3. Octavio Paz, *El mono gramático*, Seix Barral, 1974, p. 27.

4. Alain Vanier, *Lacan*, Madrid, Alianza, 1999, p. 50.

5. Martín Heidegger, *De camino al habla*, Odós, Barcelona, 1987, p. 194.

6. María Zambrano, *La agonía de Europa*, Buenos Aires, Sudamericana, 1945, p. 139.

7. María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987, p. 41.

8. *Ibid.*, p. 80.

9. María Zambrano, *El sueño creador*, Madrid, Turner, 1986, p. 77.

10. Ramón Xirau, *Poesía y conocimiento*, México, Joaquín Mortiz, 1978, pp. 196-197.

11. María Zambrano, *España, sueño y verdad*, Barcelona, Edhasa, 1982, p. 206.

12. María Zambrano, *Filosofía y poesía*, F. C. E., México, 1987. p. 97.

13. Octavio Paz, *Las peras del olmo*, Seix Barral, Barcelona, 1987. p. 85.
14. Martin Heidegger, *De camino al habla*, *op. cit.*, p. 30.
15. María Zambrano, *El hombre y lo divino*, México, F.C.E., 1973, p. 347.
16. *Ibid.*, p. 340 y ss.
17. Aristóteles, *Poética*, Aguilar, Madrid, 1973. p. 97.
18. Blas Matamoro, "El ensayista Octavio Paz" en Octavio Paz, *Premio "Miguel de Cervantes" 1981*, Barcelona, Anthropos, 1990, p.110.
19. Octavio Paz, *Corriente alterna*, México, F.C.E., 1989, p. 53.
20. Octavio Paz, *El arco y la lira*, *op. cit.*, p. 37.
21. Pierre Bourdieu, *Sociología y cultura*, México, Grijalvo, 1990, p. 183.
22. Octavio Paz, *El arco y la lira*, *op. cit.*, p. 37.
23. Octavio Paz, *El mono gramático*, *op. cit.*, pp. 11 y ss.
24. Octavio Paz, *Un más allá erótico: Sade*, México, Vuelta, 1993, p. 35.
25. María Zambrano, *Pensamiento y poesía en la vida española*, Obras Reunidas, Madrid, Aguilar, 1971, p. 295.
26. Eugenio Triás, *La filosofía y su sombra*, Barcelona, Seix Barral, 1983, p. 14.
27. Martin Heidegger, *De camino al habla*, *op. cit.*, *passim*.
28. Félix Grande, "Paz: Libertad Bajo Palabra", en *Octavio Paz*, Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1989, pp. 57-58.
29. Percy Shelley, *Defensa de la poesía*, Península, Barcelona, 1986, p. 66.
30. Octavio Paz, *El signo y el garabato*, Joaquín Mortiz, México, 1986, pp. 23-24.
31. Octavio Paz, *El arco y la lira*, *op. cit.*, p. 168.
32. Octavio Paz, *Los hijos del limo*, Barcelona, Seix Barral, 1987, p. 224.
33. Octavio Paz, *El arco y la lira*, *op. cit.*, p. 113.
34. Gilbert Durand, *La imaginación simbólica*, Madrid, Taurus, 1968, pp. 14-15.
35. Martin Heidegger, *Hölderlin y la esencia de la poesía*, Mérida, Universidad de los Andes, 1968, p. 30.
36. Octavio Paz, *Los hijos del limo*, *op. cit.*, p. 227.
37. David Huerta, "El laberinto de las once sílabas", en H. Durrán y H. Hiriart (Com.), *Homenaje a Octavio Paz*, México, Fundación Octavio Paz, 2001, p. 111.
38. Percy Shelley, *Defensa de la poesía*, Barcelona, Península, 1986, p. 65.
39. Octavio Paz, "La otra voz", en *Obras Completas*, México, F.C.E., 1994, t. 1, p. 555.
40. *Ibid.*, p. 556.
41. Paul Feyerabend, *Adiós a la razón*, Madrid, Técno, 1984, p. 108.
42. Roger Caillois, *Approches de la poésie*, París, Gallimard, 1978, p. 254.
43. Néstor Braunstein, "Lingüística", en *El lenguaje y el inconsciente freudiano*, México, Siglo XXI, 1982, p. 184.
44. María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, *op. cit.*, p. 71.
45. Cf. Walter Benjamin, *Iluminaciones*, Madrid, Taurus, 1993, t. I, p. 53.
46. Octavio Paz, "La otra voz", *op.cit.*, p. 592.